

Los dirigentes rebeldes habían consolidado su situación política hábilmente, explotando el descontento popular en las regiones fuera de Java que deseaban mayor participación de los ingresos centrales a los que contribuían grandemente a través de la producción y extracción de hule, copra, petróleo y estaño. De hecho, esta fue la revuelta de regiones prósperas pero escasamente pobladas en contra del Gobierno Central localizado en la pobre pero densamente poblada Java. Los rebeldes nunca, como señala el autor, hubieran podido "inspirar a los bien alimentados campesinos sobre los que descansa el régimen, suficiente odio o temor para forzarlos a hacer sacrificios prolongados o a tomar riesgos de significación" (p. 168).

Se trata de una obra que contribuye significativamente a la mejor comprensión de algunos de los problemas de la Indonesia moderna.

## UN GEÓGRAFO ANALIZA A HERMAN KAHN

ROY I. WOLFE

*Consejero geográfico del gobierno  
de Ontario, Canadá*

Herman Kahn ha escrito una obra famosa,\* una obra que puede llegar a tener la influencia que él ha querido darle, y que es nada menos que la de influir en el curso de la historia de la humanidad. Se ha llamado a Kahn monstruo, pero los acontecimientos de la última mitad de 1961, han demostrado que se están llevando a efecto sus consejos. En el *Scientific American*, se argumenta que no puede existir, que es demasiado horroroso para poder ser real; en *Time* y en *Life* se le llama un oráculo.

Permítaseme establecer claramente mi propia posición. Yo creo que Kahn ha escrito una obra deplorable y sumamente peligrosa. Creo esto no sólo con bases morales, sino porque después de ostentar una objetividad pasmosa, después de des-

\* *On Thermonuclear War*, Herman KAHN, Segunda edición, Toronto, S. J. Reginald Saunders, 1961. Esta nota crítica se reproduce en su versión española de *International Journal*, Vol. XVII, 1961-1962, No. 2, con permiso de los editores y del autor.

lumbrarnos con la brillantez de sus técnicas en teoría de juegos, investigación de operaciones y sistemas de análisis, Kahn explícita y repetidamente concede que los resultados alcanzados por estas teorías son inexactos en extremo, y que sólo conclusiones tentativas pueden sacarse de ellas, y sin embargo, al mismo tiempo, él mismo se permite llegar a conclusiones de largo alcance que no son del todo tentativas. Si son tomadas por ciertas y ejecutadas por los dirigentes políticos y militares de los Estados Unidos (y no podemos estar seguros de que esto no ha sucedido ya) el resultado puede ser un desastre inimaginable.

En cualquier dirección en que nuestra salvación dependa, ésta no descansa en la que Kahn indica. En mi intento por demostrar la verdad de este argumento me concentraré en aquellos aspectos de la obra de Kahn, reducidos en volumen pero de profundo significado, para los que la experiencia de un geógrafo especialista en estudios urbanos y de transporte, tienen relevancia especial.

Este es un libro sobre la guerra, sobre tácticas y estrategia militares en el cual *todos* los antiguos factores geográficos han desaparecido. Se han olvidado el territorio, las fronteras, los ríos y los océanos. Ya no existe ningún país natal ni ninguna geopolítica sobre las cuales establecer teoría alguna. Todo el total —la aniquilación de las distancias es total, la instantaneidad de las comunicaciones es total. El mundo se ha convertido en una esfera sin rasgos distintivos, habitada por poblaciones amorfas, y las medidas y contramedidas emanan de computadores amorfos. Es como si la geografía hubiese seguido a seres humanos individualmente hacia el olvido.

Sólo un hecho, se nos ha dicho, no es total: la aniquilación de un país. Probablemente, si podemos evitar una aniquilación total, poco importa lo demás. Esto nos conduce a la tesis de Kahn, que podemos brevemente expresar así:

En un mundo imperfecto, es una locura hablar de desarme, y quizá prematuro hablar de un control de armamentos. Kahn reconoce que ambos son deseables, el primero más que el segundo, y “aún un débil gobierno mundial es preferible a la carrera armamentista” (p. 7). Expresa su inquietud acerca del momento en que se cuente con un número suficiente de proyectiles, muchos de ellos “en manos de potencias ‘menos responsables’ que nosotros” (p. 515). “Tómese o déjese un factor de 5,” dice.

Es probable que existan alrededor de 50,000 proyectiles prestos a ser disparados en el mundo para 1975, cada uno con su propio botón disparador... (La) idea

de que existan 50,000 proyectiles en estado de alerta es un tanto aterrador... Quizá vivamos en un mundo en que de vez en cuando una ciudad o población es destruida o dañada como resultado de un chantaje, comportamiento desautorizado o por accidente. (pp. 514-15).

Aún así, ni el gobierno mundial, ni el desarme, ni el control de armamentos es posible hoy en día, estaríamos engañándonos a nosotros mismos si pensáramos de otra forma. Por lo tanto, en un mundo dotado con armas nucleares, cada potencia debe encontrar diferentes medios para refrenar a su adversario (o sus advesarios) potenciales, e impedir que se desate una guerra termonuclear, o impedir provocaciones intolerables.

Kahn nos presenta cuatro términos esenciales acuñados para designar "cuatro típicas posturas posibles" (y al usar el término 'Posturas' delata una afinidad al modo de pensar Dullesiano que le crea enemigos a Kahn (desde la página 3 en que se usa el término): "Impedimento Finito", "Contrafuerza como medida de Seguridad", "Base de Movilización para Preatacar", y "Capacidad Factible Para Atacar en Primer Término".

Esta última es la "postura" en la que Kahn pone un énfasis especial: Debe hacerse comprender a un enemigo potencial que si la provocación es suficiente, los Estados Unidos están dispuestos en ser los primeros en utilizar las armas nucleares, y que está preparado para rechazar cualquier represalia que presente el enemigo. Kahn se preocupa por demostrar que, si se adoptan las medidas apropiadas, nada puede hacer el enemigo aparte de volar al mundo en pedazos (lo que por supuesto ningún enemigo racional hará; Kahn tiene gran fe depositada en la racionalidad del enemigo), y que puede resultar en la aniquilación de los Estados Unidos.

Ahora llegamos a puntos específicos: Debemos presumir que las 53 Áreas Metropolitanas Industriales 'Standard' de los Estados Unidos han sido destruidas por completo, e imaginar lo que sería del país después de ocurrido lo anterior. Sin importar cuán deplorable y catastrófico sería este hecho, ¿debemos concluir que, esencialmente, el país estaría aniquilado, y que no quedaría a los sobrevivientes más que el deseo de que ellos también estuvieran muertos?

No necesariamente, dice Kahn. Aunque muy avanzada la obra, encontramos que él y sus asociados Rand "apenas si rascaron la superficie" y que ellos "reconocen que las inseguridades son suficientemente grandes para plantearse el pro-

blema de la mera supervivencia" (p. 629), aún se cree capacitado en la página 74 para tranquilizarnos con estas palabras:

...Creo que es muy posible que aunque no hagamos muchos planes para la recuperación excepto el comprar medidores de radiaciones, escribir y distribuir manuales, preparar áreas de descontaminación, etc., y otros planes mínimos, que el país se recuperaría más o menos rápida y efectivamente del pequeño ataque. Esta declaración (reconoce) está en oposición a las creencias de muchos legos, economistas profesionales y proyectistas de guerra.

Para darle consistencia a esta "declaración" considera sus 53 Áreas Metropolitanas "Standard": lo que se perderá si son destruidas totalmente, y lo que es más importante, lo que quedará. Una completa falta de documentación hace imposible la comprobación de los datos proporcionados por Kahn, y mis prolongados intentos por alcanzar cifras que se aproximen a las de él, han sido en vano.<sup>1</sup> Pero no importa, tomemos como ciertas las cifras que nos presenta, y sigámoslo a las conclusiones a las que llegó.

En conjunto, estas 53 Áreas "contienen aproximadamente una tercera parte de la población de los Estados Unidos, aproximadamente la mitad de la 'riqueza', un poco más de la mitad de capacidad productiva y casi tres cuartas partes de la capacidad de producir efectos de guerra. En estudios de defensa efectiva, estas son las regiones del país que generalmente se considera que necesitan protección". (p. 75)

También contienen ciertas instituciones que Kahn no considera dignas de mencionar, la mayoría de los grandes hospitales, universidades, bibliotecas, museos, jardines zoológicos y botánicos, galerías de arte, salas de ópera y de conciertos del país, y con ellos la mayoría de las personas altamente capacitadas para hacerlas funcionar. Ni en una sola ocasión a lo largo de su enorme obra se reconoce la existencia de ellas; en ninguna parte se muestra que así como nosotros somos el *lazo biológico* entre el pasado y el futuro, los depósitos de la sabiduría y el arte de nuestras instituciones metropolitanas constituyen el *lazo cultural* indispensable entre el pasado y el futuro. Para Kahn, parece ser, el hombre es un ente económico y nada más.

Pero, repitiendo que es secundario, continuemos examinando el problema en los términos de Kahn. Presumamos, con él, que cada una de estas áreas es destruida "hasta los cimientos":

Si hemos de presumir que la destrucción se ha efectuado hasta este grado, entonces podemos preguntarnos, ¿Qué ha quedado? La primera reacción de muchos sería el reconocer que prácticamente no ha quedado nada. Los Estados Unidos son un país urbano. Estas áreas—Nueva York, Filadelfia, Chicago, Detroit, Los Ángeles—constituyen los Estados Unidos de Norteamérica, según creen ellos. Si se les destruye no quedará nada. No es así. Una simple resta, demuestra que esta aseveración es demasiado enfática.

Si estas ciudades contienen aproximadamente una tercera parte de la población, entonces (sic) las otras dos terceras partes se encuentran fuera de ellas. Si contienen la mitad de las riquezas, la otra mitad debe estar fuera. Si contienen poco más de la mitad de la capacidad productiva, entonces poco menos de la mitad permanece fuera. . .

En realidad, un país como los Estados Unidos, puede aproximadamente duplicar su Producto Nacional Bruto cada quince o veinte años. . . Desde este punto de vista, la destrucción antes mencionada parece no ser una catástrofe económica completa. Simplemente retrotraerá una década o dos la capacidad productiva además de destruir muchos "lujos". (pp. 76-77)

Probablemente en este último término estén incluidos los museos, galerías de arte y otras instituciones similares que no son mencionadas.

En este punto, Kahn procede a refutar, muy convincentemente, la analogía organística de la sociedad, y éste es un hecho a su favor. La sociedad, sostiene, es aún más flexible que una salamandra que está capacitada para regenerar los órganos perdidos; y el destruir las ciudades de una nación no es equivalente a la destrucción de la cabeza de un organismo. Hasta aquí muy bien. Pero de inmediato erige una analogía aún más perniciosas:

Un modelo más útil y orientador para ser utilizado en el estudio del poder recuperativo de una nación como los Estados Unidos o la Unión Soviética es dividir cada nación en dos países, un país "A" formado por 50 o 100 de las mayores ciudades, y un país "B" formado por las restantes áreas rurales, poblaciones y ciudades más pequeñas. Las relaciones entre los países "A" y "B" de la Unión Soviética y los Estados Unidos son muy similares a las relaciones entre una madre patria y una

colonia vigorosa, rica y diversificada. Tiene como resultado que la mayor parte de las actividades del país A se dedican al sostenimiento de A y sólo un pequeño porcentaje de estas actividades se dedican a B. Más aún, resulta que hasta donde nos es posible ver, mientras que el país A no puede sobrevivir sin el país B, el país B puede no solamente sobrevivir sin A; sino que parece tener los recursos necesarios para reconstruir a A en los próximos diez años. (pp. 77-78)

¿Es sostenible este argumento? ¿Podemos dividir lógicamente a los Estados Unidos o a cualquier nación ampliamente desarrollada en un país "A" y en un país "B" como si existiese una línea de demarcación entre ambos? ¿Podemos, en suma, descartar la noción de jerarquía de lugares centrales, de los que todos tenemos una idea intuitiva, y sobre los cuales los geógrafos y científicos regionales desarrollan su interesante labor?

Cada ciudad se encuentra en relación íntima con el territorio de su nación. Existe una interdependencia entre ciudad y ciudad, entre áreas centrales y periféricas. Una de las principales características de una sociedad altamente desarrollada en su nodalidad, con racimos intensos de actividad concentrada y conectada con el resto de su territorio mediante estrechos lazos de unión.

¿Podemos estar seguros que si los nódulos se destruyen, los lazos de unión no se mezclarán entre sí a tal grado que impidan en lugar de facilitar la movilidad sobre la que se basa la civilización moderna en su totalidad? Si un solo nódulo fuese destruido —aún si se tratara de un Moscú o un Nueva York— posiblemente su sitio pudiese ser llenado por otro (¡aunque con cuantas agonías!) Pero si se destruyen docenas de los más importantes nódulos, ¿cómo podemos predecir intuitivamente que la red pueda ser puesta nuevamente en operación dentro de un período de tiempo preestablecido?

Estos comentarios nos llevan a lo que desde mi punto de vista especial —aquel de un geógrafo especialista en transportes constituye un ade las mayores deficiencias de la obra de Kahn y de los informes Rand en que está basada: su forma de abordar el problema de los transportes.

Estoy al tanto de que esta parte de la labor desarrollada por el grupo de Kahn estuvo bajo la dirección del Jefe de Transportes del general Eisenhower. Tranquilizante como esta información debería ser, lo hubiera sido más aún si existiera evidencia alguna, en cualquiera de las publicaciones

emanadas de los estudios Rand, de que preguntas tales como las citadas a continuación habían sido formuladas:

Si las principales ciudades de América fueran destruidas, con toda probabilidad se incluirían entre ellas los puertos marítimos y fluviales de importancia, y con ellos todas las embarcaciones que se encontraran en ellos. ¿Qué tiempo debería transcurrir antes de que los Estados Unidos pudieran importar a través de estos puertos materias primas esenciales —bauxita, hierro y todas aquellas otras indispensables en cualquier esfuerzo recuperativo? ¿O en caso extremo, alimentos? (Kahn sugiere como tal caso extremo —página 69— que “podríamos imaginar que se produjese carne en este país y productos lecheros en Argentina; entonces venderíamos carne a los argentinos y les compraríamos sus productos...”) ¿Podríamos estar seguros de que cualquier programa de almacenaje factible pudiera salvar al país durante los primeros meses (o años) críticos antes de que se pudieran importar las nuevas materias primas?

Con los principales nodos de las redes de transporte destruidos, ¿sería posible redistribuir el tráfico evitando estos puntos? ¿Podrían improvisarse terminales ferrocarrileras a corto plazo (bajo la suposición de que no fuesen destruidos en ataques posteriores)? ¿Quedaría suficiente material rodante ferrocarrilero para operar eficientemente? Si no, ¿podrían las carreteras y las vías fluviales canalizar esta carga adicional? ¿Y qué tan eficientemente podrían operar los carros pipas y los transportes aéreos habiendo desaparecido centrales de bombeo, refinería y aerepuertos?

¿Habría, después de todo, suficiente carga para imponer aún un deficiente sistema de transportes? Si los problemas de embarque y de puertos se presentasen en extremo difíciles, y la corriente de mercancías se retrasase por un largo período, no podría llegar a ser la mercancía a transportar demasiado pequeña?

En cualquier momento, ¿qué proporción del material rodante por ferrocarril o carretera, de embarcaciones, de aviones, de las reservas indispensables, se encuentran concentrados en las ciudades principales? ¿Qué tan crítica sería la pérdida de esta proporción?

¿Y qué de las prioridades? ¿Debería todo el acero sobrante o que pudiera elaborarse de inmediato ser utilizado para reconstruir fundiciones de acero, o puentes u hospitales? ¿Debería el material rodante utilizarse para transportar hierro o alimentos? ¿Deberían los esfuerzos recuperativos concentrarse en la costa occidental, en la oriental, o en todas partes al

mismo tiempo? ¿Deberían reconstruirse primero los puertos marítimos o los centros manufactureros?

Las respuestas a estas y muchas otras preguntas deben encontrarse necesariamente antes de que se llegue a cualquier conclusión acerca de las capacidades recuperativas de un país. Pero no se formulan estas preguntas, o cuando menos no se hace en nuestra presencia. Por lo tanto, Kahn se permite creer que, aún en el caso de que sus 53 Áreas tipo sean destruidas por completo, los medios de transporte estarán entre los elementos que sobrevivan automáticamente. (p. 82)

Más aún, llega a la conclusión de que "*Existen muchas probabilidades de tener una economía capaz de restaurar el producto nacional bruto de la preguerra con rapidez relativa*", (p. 83; el énfasis dado a esta última frase se encuentra en el original). Puede llegar a esta conclusión formulándose siete presunciones que él mismo tilda de optimistas (Cuadro 20, p. 84):

1. Medio ambiente político favorable.
2. Sobrevivencia y reconstrucción inmediata.
3. Sostenimiento del momentum económico.
4. Evitar embotellamientos específicos.
5. Supervivencia de las virtudes "burguesas".
6. Adopción de niveles factibles de postguerra.
7. Que los efectos despreciados sean sin importancia.

Si esta lista estuviese encabezada por la siguiente pregunta: "¿Cuál de las condiciones a continuación citadas es fácilmente alcanzable inmediatamente después de un ataque nuclear en las 53 Áreas tipo de los Estados Unidos?", entonces presentaría un prospecto excelente para una valiosa investigación. En todo caso hay una presunción que me parece inevitable y nada optimista: Que en el caos inmediato a la muerte de las principales ciudades de América, la democracia también perecerá; el fin por el que estas ciudades fueron sacrificadas, debe desaparecer con ellas.

Enfrentémonos ahora al problema de la defensa civil que se encuentra en la médula de la tesis de Kahn.

Kahn ha descubierto, al hablar "con muchos norteamericanos", que "después de discutir con ellos durante quince minutos su presupuesto de un precio aceptable" que los Estados Unidos estaría dispuesto a pagar para reprimir una agresión soviética "generalmente cifra entre los 10 y 60 millones, la mayoría acercándose a esta última cifra". (p. 30) Aunque ellos —y el autor— estén dispuestos a aceptar la muerte de una tercera parte de sus compatriotas (pero nunca se nos dice qué posible acción de Rusia justificaría contemplar la muer-

te de un norteamericano de cada tres, ni, aparte de especulaciones acerca del efecto de la acción en las siguientes 300 generaciones, se toma en consideración el estado mental y físico de los supervivientes), Kahn nos asegura que algo puede hacerse para evitar pagar un precio tan elevado. No es insensible; eliminar la pérdida de vidas lo más posible, tiene suma importancia para él:

...si asumimos una posición que pudiera costar la pérdida de 40 millones de vidas en una guerra total, y como resultado de una mala planeación, apatía u otras causas, nuestra posición se deteriora y ocurre una guerra en la que se pierdan 80 millones de vidas, hemos sufrido un desastre adicional, un desastre adicional *innecesario* que es casi tan malo como el desastre original. Si por el contrario, gastando unos cuantos billones de dólares, o siendo más competentes o contando con más suerte, podemos reducir el número de muertos de 40 a 20 millones, ¡habremos alcanzado una meta que merecía alcanzarse! Los sobrevivientes no bailarían en las calles felicitándose unos a otros si han muerto 20 millones de hombres, mujeres y niños, sin embargo, bien valió la pena el esfuerzo por reducir el número de muertos hasta esta cifra. Es muy difícil hacer comprender este punto de vista a legos o expertos con suficiente intensidad para hacerlos entrar en acción. El ciudadano común y corriente asume una actitud displicente respecto a aquellos planificadores que le dicen que si hacemos esto o lo otro, no serán 40 millones de muertos —serán solamente 20. De alguna forma, queda la impresión de que el planificador dijo que *solamente* habría 20 millones de muertos. A él con frecuencia se le atribuye la idea de que esto será tolerable o aún, por raro que parezca, ¡que es un estado deseable! (pp. 20-21)

Me sorprendería oír de alguien que acusase a Kahn y a sus compañeros planificadores militares de encontrar deseable que murieran 20 millones de personas en una guerra termonuclear. Al mismo tiempo no veo injusto el atribuirles la creencia de que este hecho es tolerable: Si Kahn "acepta" 60 millones de muertos, con seguridad está dispuesto a "tolerar" la cifra de 20 millones.

Hay dos medios para reducir el posible número de muertos —por evacuación y mediante el establecimiento de refugios. Puesto que la geografía tiene poco que aportar al pro-

blema de los refugios, tengo poco que decir acerca de él, aunque los acontecimientos recientes sugieren que éste puede ser uno de los puntos que Kahn ha hecho llegar hasta los "legos y expertos con suficiente intensidad para hacerlos entrar en acción". Sin embargo, hasta ahora, la política de defensa civil tanto en Canadá como en los Estados Unidos hace de este problema un caso de conciencia individual. Se nos urge a construir nuestros refugios en nuestros propios sótanos, y de asegurarnos de tener en nuestro poder radios de baterías, ya que por ningún motivo debemos aventurarnos fuera de los refugios antes de que se nos avise por radio que podemos hacerlo. (Los radios indispensables son sustituidos por Kahn por medidores de radiación, proyecto en el cual urge al gobierno a gastar 100 millones de dólares tan pronto como sea posible, p. 631).

En cuanto a la evacuación, se ha reconocido su imposibilidad, y la idea de ciudades vaciándose a sí mismas a la señal de alerta ha sido abandonada. (Tomó a los Estados Unidos medio año más que el Canadá el alcanzar esta conclusión: el anuncio de que en la era de los proyectiles la idea de la evacuación se consideraba ridícula, vino de Ottawa con esas mismas palabras en mayo de 1961; Washington no lo reconoció sino hasta noviembre).

El problema de la evacuación ha resultado imposible, aún cuando los planificadores pensaban que podrían contar con un aviso previo de tres a seis horas. El transporte para la ofensiva, la movilización de las armas nucleares, ha dejado atrás al transporte para la defensiva (movilización de gentes vulnerables y bienes), al grado de romper el equilibrio, o como Kahn la llamaría, establecer una asimetría. Y opuesto a la simplicidad de la ofensiva, la defensiva está plagada de una complejidad insondeable. Un estímulo instantáneo tiene que enfrentarse a una fragmentada y prolongada respuesta —más, pensaríamos, en una democracia que en una sociedad regimantada. Aún esta última no las tiene todas consigo: Ya que para que sea efectiva, los esfuerzos para la defensa civil deben ser descentralizados, aún una sociedad monolítica y totalitaria tendrá serias dificultades para encontrar una respuesta efectiva. Su gran ventaja, sin embargo, descansa en el hecho de que, aunque fracase, al grado de que mucha de su riqueza material y cultural desaparezca y muchas de sus gentes mueran, esa forma de sociedad tiene grandes probabilidades de permanecer intacta. En realidad, la ventaja puede ser imaginada aún más grande que esto: mientras que en una guerra no nuclear un estado totalitario sería moralmente in-

defendible, en una guerra nuclear sería prácticamente indispensable, de lo contrario, el caos sería el único resultado.

El término operativo en nuestra presente situación es "total", y se acentúa cada día más y más. Este aspecto de totalidad fue reconocido como el peligro supremo aún antes de la era de las bombas nucleares y el ICBM. Hace casi dos décadas James C. Malin hizo observar que:

Las máquinas motorizadas han producido una aceleración formidable en el tipo de cambio al grado que se ha introducido un nuevo tipo de relaciones entre los tres factores históricos de tiempo, espacio y movimiento. El tiempo ha sido un factor salvador en la historia hasta ahora, no sólo para las generaciones de individuos, sino en todo ajuste del hombre a los cambios.<sup>2</sup>

Kahn y su grupo están demasiado obsesionados por la abreviación del tiempo, pero no están plenamente concientes de sus implicaciones. Uno de ellos que sí está plenamente conciente es Kenneth E. Boulding, ya que sabe que la abolición del tiempo en cubrir distancias ha dejado a la superficie de la tierra sin una pulgada cuadrada de "espacio inviolable"; ni tampoco queda una sola nación que pueda alcanzar un estado de lo que él llama "Viabilidad incondicional". Este punto de vista particular tiene especial influencia en la evaluación de Boulding acerca de la labor realizada por Rand. Sin la viabilidad incondicional no puede haber defensa nacional unilateral por primera vez en los 5,000 años de la historia del hombre. Después de señalar que, por más que nos opongamos a reconocer este hecho, *debemos* reconocerlo, o de lo contrario, tal como le parece a él, no nos espera ningún futuro, Boulding agrega:

...lo que Rand está tratando de hacer, en realidad, es encontrar la cuadratura del círculo. Está tratando de solucionar un problema fundamentalmente insoluble. Es una condición peligrosamente patológica en una sociedad en la que sus miembros más destacados están desviados de problemas solucionables a aquellos que no tienen solución. Ésta me parece la situación en la que nos encontramos hoy en día.<sup>3</sup>

Entonces, ¿qué debemos hacer? Paradójicamente, en vista de las muchas reservas que he expresado acerca de la labor de Kahn y su grupo, propondría que dirigiéramos nuestra atención a los problemas que se han discutido aquí siguiendo

los mismos lineamientos que ellos siguieron al iniciar su tarea. En el reporte R-322-RC de Rand titulado "Reporte Sobre un Estudio de Defensa No-Militar", (p. 3), existe evidencia de que estaban concientes de cuando menos algunas de las ramificaciones de su materia:

La dependencia de la defensa de una sociedad civil en la efectividad de la capacidad estratégica-ofensiva y defensa-activa de los EE.UU., deben enfatizarse. Medidas defensivas no-militares deben evaluarse no sólo con respecto a sus probabilidades, sino también en su interacción con otros aspectos de la defensa nacional. Su costo económico no debe ser tan elevado al grado de debilitar la ofensiva estratégica, la defensa aérea y los ejércitos de los EE.UU.

Desgraciadamente tienen que agregar:

Tal evaluación general de la posición de las medidas no militares en el programa de defensa nacional no se ha intentado en este estudio.

Aún qué no existe evidencia alguna de que Kahn y su grupo se percataran que las ramificaciones fueran más allá de lo militar. Pero existe la gracia salvadora de las dos siguientes líneas:

Tomando como base tales consideraciones fue que cuando menos deberíamos examinar la posibilidad de las medidas defensivas no-militares en una guerra nuclear. Por supuesto, después de investigar podemos concluir que la defensa de la sociedad civil es impracticable.

Si hubieran seguido los lineamientos que ellos mismos se habían fijado originalmente, pudieran haber producido un informe de un valor real. Pero parece que cayeron en la costumbre norteamericana —admirable en casi cualquier otro caso— de preguntarse, no "¿Puede hacerse esto?" sino "¿Cómo lo vamos a hacer?" Si siempre hubieran tenido en mente la posibilidad de que la sociedad civil, después de todo, no pudiera ser defendida, hubieran probado las proposiciones cuya corrección supusieron meramente. Entonces no hubieran propuesto soluciones para aquellos problemas que a pesar de sus esfuerzos, no les encontraron solución.

Se le hubiera hecho frente, entonces, a la objeción de Boulding: los problemas se hubieran planteado en forma de

encontrarles solución. En esta forma hubieran merecido la atención de las mejores mentes que nuestros países —todos nuestros países— tienen a su disposición.

Podríamos entonces dirigirnos a aquellos aspectos de la defensa civil y los problemas derivados de un ataque tales como (y aquí únicamente he seleccionado aquellos que poseen específicamente un contenido geográfico):

¿Qué efectos tendría el despojar de todo lo existente sobre la tierra en una superficie de cientos o miles de millas cuadradas, en erosión, reservas de agua, temperaturas y patrones de drenaje?

¿Es posible instituir nuevos patrones de agricultura, tal como Kahn sugiere, para aliviar el peligro de la lluvia de estroncio-90? “Por ejemplo,” dice (p. 69), “donde el estroncio-90 cae en tierras no profundas (en las que fácilmente penetra) se cultivarían productos de raíces no profundas. Si el estroncio-90 cae en tierra con barro, la atención se podría concentrar en cosechas de raíces profundas”. Probablemente, el estroncio-90 penetra la tierra tal como el agua; entonces, las raíces que son hidrotropicas, no intentarán hacer lo mismo? ¿Es posible, en todo caso, hacer de las características de las raíces de las cosechas el factor determinante al decidir en dónde sembrarlas?

¿Qué tan perjudicial sería la jerarquía central, la eliminación de cincuenta, cien o ciento cincuenta de las ciudades principales del país?

¿Cuáles son los factores ventajosos y cuáles los desventajas con respecto a una guerra termonuclear, en cuanto a la expansión de las ciudades por todo el territorio (el problema de la expansión urbana visto de un nuevo ángulo)?

¿Puede la concentración necesaria para una industria eficiente compaginarse con la dispersión que sería deseable para la defensa civil? (Los estrategas militares abandonaron hace tiempo las concentraciones de tropas que pudieran ser movilizadas en masa y por tanto más económicamente, ya que podían también ser eliminadas más fácilmente por el enemigo. La escuadra británica nunca estuvo al fuego de las ametralladoras. En un mundo privado del espacio inviolable, sería igualmente absurdo exponer grandes concentraciones de objetos y gentes a las armas totales. Sin embargo ¿cómo sostener el estado industrial moderno en otra forma?)

A esta lista podrían agregarse las preguntas planteadas con anterioridad.

Gracias a sus presunciones optimistas acerca de estas preguntas, Herman Kahn puede concluir que los Estados Uni-

dos podrían sobrevivir una guerra nuclear, y que por lo tanto debería proclamar su disposición favorable a correr el riesgo de tener que sobrevivirla. Pero, ¿y si un nuevo examen desapasionado comprueba, y de ello estoy plenamente seguro, que está equivocado? ¿Entonces qué? ¿Podrá el Presidente de los Estados Unidos todavía hablar de la defensa civil, tal como lo ha hecho el Presidente Kennedy: "Debemos esa seguridad a nuestras familias —y a nuestra patria"?

## NOTAS

<sup>1</sup> En el Cuadro 16, página 75, "53 Standard Metropolitan Areas", solamente las tres mayores y las tres menores AMS están incluidas. La más pequeña de ellas tenía en 1950, una población de 160,000 habitantes. El Departamento de Censos de los EE.UU. cita a 116 AMS con poblaciones de 160,000 habitantes o más en 1950. Sería interesante saber cuáles de éstas 116 no se han tomado en consideración y por qué.

<sup>2</sup> James C. MALIN, "Space and History: Reflections on the Closed-Space Doctrines of Turner and Mackinder and the Challenge of Those Ideas by the Air Age," *Agricultural History*, vol. 18, 1944, p. 108.

<sup>3</sup> Kenneth E. BOULDING, en un análisis de HITCH y MCKEAN, *The Economics of Defence in the Nuclear Age*, aparecido en *Bulletin of the Atomic Scientists*, vol. 17, No. 3, 1961, p. 116.

